

EL MAL TRATO

Alejo Durán

Habitualmente la manera de definir el maltrato se acerca más a actuaciones delictivas como comportamiento agresivo que, a través de distintas formas de expresión, producen daño o menoscaban determinados bienes jurídicos de las personas agredidas (vida, integridad física o psíquica, libertad, honor, integridad moral, etc.). Se centra con mucho énfasis en formas evidentes y visibles de agresiones físicas, abusos sexuales o malos tratos psíquicos, con clara intencionalidad.

Podría dar datos estadísticos de las personas que manifiestan haber sido maltratadas, asesinadas, explotadas, abusadas sexualmente, prostituidas, empobrecidas, etc., si así lo hiciera, encontraríamos que aproximadamente, una de cada cuatro ha sufrido agresiones y, de esas, nueve de cada diez son mujeres. También nos encontraríamos con reacciones ante los datos tan dispares como: "esto es escandaloso, tenemos que darle solución" a "esto es injusto pero irremediable".

Igualmente podría facilitar los porcentajes de las personas causantes de todas esas agresiones, y, punto arriba o punto abajo, nueve de cada diez son hombres. Esto es así porque la violencia forma parte del proceso socializador masculino en bastante mayor medida que en las mujeres.

Las agresiones, mayoritariamente sufridas por las mujeres y causadas por hombres, también la sufren sus hijos e hijas, las mujeres y hombres homosexuales y toda la sociedad, incluidos ellos mismos; es la consecuencia de un sistema de poder que generaliza, legitima e invisibiliza la violación más brutal de los derechos humanos, como es la violencia machista. La reacción ante esto por parte de los hombres estaría entre: *"estamos dispuesto a pagar este precio con tal de conservar el poder"* o *"los hombres también ganamos con la igualdad"*.

Además de atentar contra los derechos humanos, el maltrato es un problema de salud que lastra la vida de muchas mujeres provocando trastornos de ansiedad, depresión, insomnio, estrés post traumático, ataques de pánico, etc., y un consumo de fármacos excesivo que hace que la situación se cronifique.

La actitud de prepotencia e imposición de la que hacen gala algunos hombres tiene también sus consecuencias en los mismos hombres con estados de soledad, consumo de drogas, abandono escolar, conductas de riesgo, violencia, etc.

Me comentaba un amigo psicólogo que cada vez más hombres acuden a su consulta *motu proprio*, pidiendo ayuda. Reconocer que el problema es propio es un primer paso hacia la solución del mismo, es del todo más deseable que, el malestar masculino se manifieste con emociones de miedo o tristeza y

pidiendo ayuda, que lo haga con ira y maltratando a su compañera sentimental.

La manifestación más escandalosa de la violencia machista no es más que el vértice de la pirámide de una situación de maltrato oculto apenas detectable que va horadando la autoestima de la mujer, creando en ella un estado de *"indefensión aprendida"* que la incapacita para reaccionar ante los abusos y, con el tiempo, para darse cuenta de los mismos. El maltratador utiliza la estrategia de *"la parábola de la rana y la olla de agua hirviendo"*.

De esta manera consigue, por un lado que la víctima no rompa la relación, cayendo en un secuestro emocional y, por otro lado, que los daños para su salud a corto plazo no sean detectados por el sistema sanitario. Es lo que Luis Bonino ha llamado muy acertadamente los *"micromachismos"*.

Estudios psicológicos han demostrado que los estresores crónicos, de baja intensidad y mantenidos en el tiempo producen más trastornos emocionales que los estresores agudos, limitados en el tiempo y de manifestación rápida.

Si bajamos aún más en la pirámide y nos situamos en la base, con una mirada fina, leyendo entre líneas y observando lo más sutil, observaremos ideas, sentimientos y sobre todo maneras no controladas que denotan un poso de desigualdad aprendida y que hasta los y las más concienciadas con la igualdad reflejamos en nuestro comportamiento.

En una reunión del Grupo Mixto (mujeres y hombres feministas) del que formo parte, hablábamos de *"la dominación"* y de cómo hombres y mujeres vivimos ese fenómeno. Los hombres manifestamos que, ante el cuidado femenino, nuestra interpretación es: nos quieren someter, controlar y consecuentemente reaccionamos rebelándonos y con un intento de dominación hacia ella; es el único tipo de resistencia que nos han enseñado, (si los demás te pegan, defiéndete, pégalos tú). En cambio las mujeres, que en general se quejaban de la dominación masculina, su reacción ante ella era el acercamiento, el cuidado, la empatía.

Se maltrata cuando no se comparten las tareas domésticas; se maltrata cuando no se cuida a la prole y a las y los mayores en igualdad; se maltrata cuando el derecho a decidir sobre el propio cuerpo es ilegal, etc. En definitiva, donde hay desigualdad, el trato no puede ser bueno.

Todos estos tratos tóxicos son manifestaciones del Patriarcado, un sistema social generalizado en la inmensa mayoría de las culturas y que ha sabido convivir con todos los regímenes políticos y económicos, *"fue la primera estructura de dominación y subordinación de la historia y aún hoy sigue siendo un sistema básico de dominación, el más poderoso y duradero de desigualdad y el que menos se percibe como tal"*. (Ana Cagigas).

El Patriarcado ha producido una escisión, un conflicto, entre personas de distinto sexo, a la vez que ha jerarquizado las relaciones dándoles más poder a los hombres y quitándoselo a las mujeres.

Es un sistema binario en el que *"para ser yo tienes que dejar de ser tú"*. La filosofía moderna y el pensamiento occidental ha consolidado esta idea desde que Descartes separó la *"res cogitans"* de la *"res extensa"*, la razón de la emoción, lo humano de la naturaleza. Descartes no solo escindió al ser humano, sino que afirmó que la existencia humana estaba fundamentada en la razón: *"pienso, luego existo"*. Aristóteles, Descartes y Nietzsche han justificado la dominación masculina asignándole al hombre la capacidad del razonamiento.

Aunque cualquier persona puede imponer, dominar, maltratar, los hombres tenemos el beneplácito del sistema para hacerlo. No es que la identidad masculina sea violenta, sino que hay una masculinidad tóxica incrustada en nuestra piel que empatiza con la violencia. El poder que nos da el perverso sistema hace que, en cualquier momento y de la manera más sibilina, utilicemos métodos autoritarios para imponer nuestros criterios. En los más igualitarios de manera inconsciente y en los claramente machistas de forma deliberada.

Es como si perteneciéramos a una casta superior. Nos han hecho creer que, sin hacer méritos para ello y por el solo hecho de nacer hombre, somos superiores a la otra mitad de la población que desgraciadamente para ellas han nacido mujer.

Aunque algunos sabemos que este poder que se nos otorga termina por volverse contra nosotros y que también pagamos los estropicios que la prepotencia y el egocentrismo provocan en las relaciones, es muy complicado que el poderoso llegue al convencimiento real de que el único cambio hacia el buen-trato consiste en una dejación de poder para llegar a unas relaciones igualitarias donde el maltrato no tenga cabida.

Si los hombres somos capaces de conquistar nuestro espacio interior para transformarlo al igual que la mujer está conquistando el espacio público, si nos damos cuenta de nuestros privilegios; estaremos en disposición de construir una subjetividad masculina más amable, cuidadora, respetuosa e igualitaria.

Las mujeres han de tratar de ser consciente de que su posición de desventaja le reclama estar vigilante ante cualquier signo de dominación y maltrato. Su situación de sometida puede lastrar su deseo de liberación.

El hecho de ver una realidad incuestionable no nos debe frenar para crear lazos de unión en igualdad entre mujeres y hombres. El camino hacia la igualdad se hará más fácil si lo hacemos juntos cambiando el paradigma de: *"para ser yo, tienes que dejar de ser tú"* por otro que diga: *"para ser yo, tienes que ser tú"*, y pasar *"del maltrato al cuidado"*.

Así de fácil y así de difícil.